



Gracias, viejo socarrón

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Aunque sabía que "Los autores no son a menudo los mejores jueces de su propia creación", el ganador del Premio Juan Rulfo en 1994 accedió a preparar la *Antología personal* que publicó el Fondo ese mismo año para hacer "saber cómo ve un autor su propia obra, lo que puede ser útil e ilustrativo para sus lectores o críticos", según expresó en la introducción a ese volumen que busca servir de ancla en port de lecturas ribeyranas. De los artículos literarios que aparecen ahí retomamos este texto sobre la fundación mítica de Lima.

En 1853 el joven Ricardo Palma abandonó sus estudios universitarios y se enroló como contador en un barco de la marina mercante. Se supone que esta decisión la motivó un lance amoroso que, de no hacerse a la mar, le hubiera costado venganza o prisión. Pero esto es secundario. Lo importante es que al verse obligado a navegar nos hizo correr un grave peligro. Los peruanos y en particular los limeños corrimos a punto de quedarnos sin historia y sin memoria.

En uno de sus viajes el navío encalló en un arrecife. Se ahogaron doce personas y otras sesenta y seis perecieron estropeadas en los arrecifes de la costa. El joven Ricardo fue uno de los que sobrevivió tanto al naufragio como a la sed y penurias del desierto.

Pero puede parecer un hecho banal, pero ¿qué habría ocurrido si este muchacho, que hasta entonces había escrito poemas y *drámmes*, rondarones, se hubiera ahogado? Simplemente, Lima no existiría. *Boquerón* no existiría tal como nos la representamos. "Lima fue fundada dos veces, la primera por Francisco Pizarro y la segunda por Ricardo Palma", decía un ilustre historiador. Lo que no es una broma. Nuestro pasado sería para nosotros terreno baldío, deshabitación y silencio, a no ser por los cientos de *Tradiciones* que este amigo de los papelotes escribió en el curso de su larga vida.

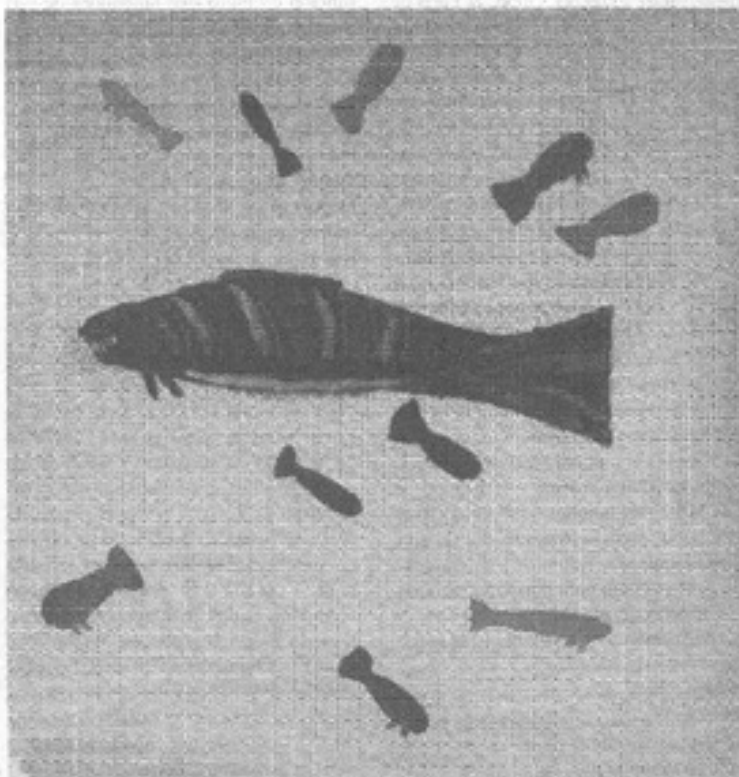
Lo dicho invita a interrogarse sobre

las relaciones entre un escritor y su ciudad y sobre el poder fundador de la literatura.

Que hay escritores profundamente identificados con su ciudad natal o adoptiva es un hecho conocido. La obra de estos autores es inseparable de la ciudad en la que vivieron y sobre la cual escribieron: Balzac y París, Dickens y Londres, Joyce y Dublín, Musil y Viena, etcétera. Gracias a ellos, estas ciudades nos son familiares, podríamos decir que las *conocemos* (así nunca hayamos puesto los pies en ellas), que hemos tenido acceso a su espacio y a su espíritu. Y esto no es privilegio de los narradores, también de los poetas. Nunca he estado en Trieste ni en Estambul, pero he recordado sus suburbios, sus mercados y sus puertos leyendo a Umberto Saba o a Nâzim Hikmet. Por mediación de estos autores, el lector se apropia de una

visión de lo no visto (por lejano o por pasado), que no se equipara a la experiencia directa, pero que la sustituye y, llegado el caso, la complementa.

Pero no se trata sólo del lector, sino de las ciudades. La literatura sobre las ciudades las dota de una segunda realidad y las convierte en ciudades vivas. Inversamente, la ausencia de esta literatura las empequeñece. Hay ciudades importantes pero que no han inspirado grandes obras literarias y que por ello mismo siguen siendo sólo eso, ciudades importantes. ¿Quién es el Balzac de Berlín, el Dostoiévsky de Bruselas o el Eça de Queiroz de Brasilia? Estas ciudades pueden ser centros de interés político, económico histórico, urbanístico u otros pero, que yo sepa, carecen de plusvalía literaria; no han dado origen al o los escritores que les agreguen la dimensión sobrenatural de la literatura.



Gracias, viejo socarrón [artículo] Julio Ramón Ribeyro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ribeyro, Julio Ramón, 1929-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gracias, viejo socarrón [artículo] Julio Ramón Ribeyro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile